cha, que se incendiara una casa, que una venda y lo revistió todo con un dedil hecho granizada destruyese la cosecha en la co- de un guante, sujeto con dos cintas atadas marca. y entonces, cuando toda la gente es al rededor de la muñeca. taba de luto o en la desesperación, Bibia reventaba de risa, y aquella risa, semejante à gracia natural, con la afabilidad que tenía un chirrido de la sierra al morder la piedra, para todos. se oía de un extremo á otro del pueblo. De aquel modo se vengaba de la naturaleza y sencia de Marcos, había sido para él la más de la crueldad de los hombres; estos se refan dulce, la más segura y la más fecunda de las de sus desdichas, y él se reia de los infortu- enseñ inzas. nios de ellos.

liguen debía introducir algunas modificacio- como un animal salvaje por todos los pilluenes en la suerte de aquel desgraciado.

sin conmoverse una miseria tan profunda.

se fijnse en él.

la playa, en vez de contemplarlo con curio no es suficiente dar la limosna, sino que es sidad o de volver la cabeza con asco, fijaba menester, además, darla como si fuese un en él una mirada compasiva, y las monedas regalo. de cobre que echaba en su morral iban siempre acompañadas de la divina sonrisa de la

A menudo encargaba a su hijo Marcos que hiciese la ofrenda; opinaba que la limosna, cuando pasa por la mano de los niños, es más agradable á Dios y más dulce para los pobres. Marcos había triunfado poco á poco de sus repugnancias, y cumplía con presteza el encargo que le confiaba su madre: así se ac ostumbraba desde temprano á la práctica del más santo de los deberes, aprendía á respetar al hembre aun en sus deformidades, à reconocer al Creador, a amarlo y a servirlo hasta en sus más miser sy repugnantes cria-

Un día que Bibia estaba descargando mercancías en el muelle, se cogió un dedo de la mano en una polea. Aunque era muy duro, echó à correr bramando de dolor, cuando la casualidad quiso que se encontrara á la senora Henry. Detúvose maquinalmente y le enseño el dedo destrozado.

La señora de Henry, sin vacilar, lo invitó por sefias à que la siguiese, y lo llevó à su atrevia à afirmar. casa. Había formado en una de las tabletas de su étagére un pequeño botiquin de camla nua en su sitio, junto las carnes que tenía nard, se le veia durante su ausencia andan-

le maltrataban; pero que zozobrase una lan desgarradas, las envolvió con hilas y una

Todo esto lo hizo con la sencillez, con la

Esta escena, que había ocurrido en pre-

A fuerza de ver al pobre idiota, gritado La residencia de la señora Henry en Pou- por unos, perseguido por otros, acorral do los de la aldea, Marcos había llegado á ex-La señora de Henry no había podido ver perimentar por él un sentimiento de conmiseración, que casi rayaba en cariño en sus Al fin hubo una mirada de compasión que manifestaciones infantiles. Ya no se acercaba á él más que haciéndole las caricias pro-Cuando encontraba á Bibia caminando por pias de su edad, como si comprendiera que

Tenía una manera de pasarle la manita por la cara, diciéndole: «¡Infeliz Bibial ;Infeliz Bibials que cuando lo hacía, el idiota permanecia inmóvil y parecia caer en una meditación profunda.

Más de una vez, con el ejemplo ó con sus ruegos, había logrado que no lo perseguieran y lo acosasen los chiquillos. Además se complacia en verlo pescar en la playa sin más herramientas que sus desmesurados y horrendos dedos; y no puede imaginarse contraste más conmovedor que el que hacía aquel precioso niño al lado de aquel ser inmundo, zumbando alrededor suyo como una abeja, palmoteando, dando gritos de alegría cada vez que el otro conseguia sacar algo

Cuanto al idiota, estos testimonios de bondad que recibia de la madre y del hijo parecian no despertar en él más que una especie de asombro estúpido, que no se oponía á su idiotismo. Si lo sentía, o si solamente so daba de ello cuenta, es cosa que nadie se

Sin embargo, a la larga se hublese observado que no pasaba jamás por la puerta de paña; como la mayor parte de las madres, la casa donde vivía la señora de Henry sin entendía algo en curar llagas, arañazos y llevarse a los labios un dedo de la mano, y heridas. Lavó el dedo del enfermo, colocó cuando ella con su hijo fueron a Reca Berdo de un sitio à otro, como si esperara ó vigilase.

He ahí quién era Bibia.

Solo el odio lanzaba algún que otro destello de luz al calabozo donde vacía su inteli gencia; sólo la vista de las desgracias del siquiera oyeron hablar. projimo lo sacaba de su torpeza y avivaba su alma adormecida.

escarnio. Aborrecía, ante todo, á los niños, de quienes era juguete y martir. Bueno es reconocer que esa edad no tiene lástima á nadie ni a nada.

Los pilluelos de la aldea no le martirizaron nunca tanto como en la mañana del dia funesto en que la ausencia de sus familias los. los dejara duchos absolutos de la aldea.

Marcos no estaba con ellos, y, por lo tanto, pudieron despacharse á su gusto: aquello fué una carrera de liebres para el desventu-

A fin de escapar á su persecución, el idiota fué de mala gana à refugiarse en un agu jero de una peña, y desde alli contempló à su gusto el más dulce espectáculo que puliera ofrecerse á sus ojos: la lancha saliendo del puerto, y poco después à todos aquellos verdugos suyos, arrastrados por el mar.

graznido de ave de rapiña, en el silencio de nes. la noche?

se veia siniestro alguno en perspectiva, ni ron hacia los arrecifes dando gritos. Corrian apariencia de desastre.

¡Y à pesar de esto, Bibia refal

veian en gran peligrol

mino, ni en las granjas, ni en el campo. Esperaron mucho tiempo.

mujer gigante, una foca que tenia el don de antes berufan el insulto y el ultraje.

la palabra y se expresaba en todos los idio: mas, un carnero con seis pat s, una cabra que danzaba en la cuerda floja, monos que di-paraban tiros, perros que saltaban à través de aros de papel; pero de los niños ni

Quedaban por explorar los rompientes v os arenales. Alli acudieron todos en tropel, Odiaba al género humano, del cual era el y ¡cosa síngular! no se le ocurrió à nadie la realidad de lo que hicieron aquellos diablillos, cuando á luz de las antorchas que llevaban, vióse al idiota de pié encima de una roca, con el brazo extendido hacia el mar, indicando así el camino que tomaran, y, por lo tanto, que por allí tenían que buscar-

> Todos lanzaron un grito; todos se precipitaron hacia el muelle.

Contaron las pequeñas lanchas que quedaron en el puerto, y hecha esa cuenta, resultó la falta de una.

¡Los niños estaban en el mar!

## XVL

Lo que ocurrió en el espantoso desorden ¿Compréndese ahora cual debió ser el es de los primeros momentos, no hay frases que panto de Pouliguen cuando, en medio de la puedan expresarlo jamás. Fué aquello un tuemoción, que crecia por momentos, la risa multo indescriptible, una mezcla inenarrable de Bibia, aquella risa que era siempre la re- de furores y de desesperaciones, una explovelación de alguna catástrofe, resonó, como sión de blasfemias, un huracán de maldicio-

Todas las madres, como lobas á las cuales El cielo y el mar estaban tranquilos; no acabaran de quitar sus cachorros, se dirigiesin dirección fija, despeinadas, locas.

Quien no haya asistido á los apasionamien-¡Un mismo pensamiento cruzó por la men- tos del amor maternal en las mujeres del te de todos: los niños estaban perdidos, ó se pueblo; quien no conozca á fondo esas naturalezas excesivas, donde todos los movimien-A todo esto, los mensajeros y explorado- tos del alma tienen la violencia de los insres regresaron. A los chicos no se les vió tintos, no podrá imaginarse el horror de sepor ninguna parte, ni en Batz, ni en el ca mejante escena. Ya rebeldes, y enfurecidas, con espuma en la boca y horrorosas invectivas en los labios, con los ojos desencajados Al fin volvieron satisfechisimos, muy con y mostrando el puño, repudiaban a sus hijos, tentos de la expedicion, porque aprovecha- les abandonaban sin piedad á los furores del ron la oportunidad para visitar todas las ez- Océano; ya, llorosas y suplicantes, se lamensetas de la feria y para asistir à la funcion taban llamando cariñosamente à sus hijitos, de perros domesticados. Vieron cosas del y acentos de apasionada ternura salían enotro mundo: una vaca con dos cabezas, una tonces de sus corazones, donde un minuto

A la hora de subir la marea la furia creció. Acorraladas hácia la playa, retrocedían pa olas, que se habían llevado el fruto de sus tro pequeño Marcos. entrañas, injuriando al que, no contento con Todo el mundo lloraba; sentían compasión dejar viudas á tantas, les quitaba ahora sus las demás madres. hijos. Llegadas al paroxismo del furor, prohabía cogido, y al cielo que lo consintió.

La alarma acudió por toda la costa. Ho- ción. gueras encendidas de distancia en distancia

flejos de color de sangre.

Las campanas de Batz tocaron á rebato. derla. Los campos, arrancados á su primer sueño, se poblaron de sordos rumores. El Croisic terado? ... El desgraciado Marcos, aquel nipuso en franquía todas sus lanchas; unas se no tan mono que veías con frecuencia en la dirigian á alta mar, otras costeaban cuida- playa.... que tiene tan hermoscs ojos.... dosamente.

tenía, y ya no era posible dudar.

Las gentes acudían presurosas de todos querré mucho, te cuidaré mucho! les lugares circunvecinos. Pronto la aldea fué pequeña para contener las personas que por todas partes acudian á ella. Jamás ciudad sitiada por el enemigo ha presentado un furiosa y sacudiéndole por sus harapos. ¡Te aspecto de confusión tan grande. El tañido digo que va en la lancha! ¡Que se fué con los de las campanas, el estrépito de la maren otros! ¡Que con ellos está en el mar! ¡El, juntándose á los gemidos de la multitud, y Marcos; él, mi hijol ¡El que no te ha hecho la risa de Bibia, que sobresalía como nota nunca daño! El, que era el único bueno para aguda, en aquel espantoso concierto.

che terriblel ¡Angeles de la guarda, velad por en el morral la mitad de su meriendal ¡Veél! ¡Dios mío, no lo abandonéis!

A las mujeres que acudieron de las aldeas sa que tu caral circunvecinas, les decia:

dos, y han muerto; no me queda más que se ahogó en un mar de lágrimas. éste. Se ha ido porque me quedé dormida. No sé cómo ha sido esto. Es muy pequeño y tendra frio, porque no lleva más que un la señora de Henry al mar, del mar a la setrajecillo de verano.

A la gente de la aldea les decia:

-Os lo había dado. Vivía en medio de so á paso, mezclando sus vociferaciones á vosotros. Entre vosotros había recobrado la las del agua que mugía, apostrofando á las vida y la salud. Todos le queríais. Era vues-

Medio loca de dolor, caminaba al azar vocaban á toda la naturaleza: á la tierra, como sombra errante, cuando de pronto se porque no supo conservarlos; al mar, que los encontró cara à cara con Bibia, que andaba por alli, gozando con la general desola-

La madre de Marcos no sabía ya ni lo que iluminaban la costa y teñían el mar con re- hacía ni lo que decía; en su locura comenzó à hablarle como si pudiera oirla y compren-

-¿No estás enterado, Bibia, no estás enojos azules.... que corria tan cariñosamen-En Pouliguen el horror llegó á sus últimos te á tu encuentro.... tu compañero de pesca.... ¡Está en el mar! ¡Se ha ido con los La resaca llevó á la playa un resto del otros! ¡Está con ellos en la lancha! ¡Ya no naufragio que pasaba de mano en mano; era tengo hijo! ¡Ya no tengo hijo! ¡Corre en su uno de los remos de la lancha que faitaba busca, Bibia! ¡Buscalo, encuéntralo, traémeen el puerto; daba de ello fé la marca que lo! Sé que tiene frío. ¡No ves qué fría está la noche? Anda, mi querida Bibia, anda. ¡Te

> Y le tendía sus manos, suplicante. Bibia miró al mar, y se echó á reir.

-¿Pero no me comprendes? exclamó ella til ¡Te asistía en tu pobreza! Te quería á ¿Y la señora Henry? ¡Ah, desgraciada mu- pesar de tu abyección, á pesar de tu fealdad. jerl También ella, en su aflicción, se dirigía ¿Por qué te ries, miserable? ¿Me reia yo á la naturaleza entera; pero hasta al mísmo cuando viniste á mí pará que te curase el Oceano le hablaba con dulzura, como si te- dedo? ¿Se reia él cuando los demás te perseguian dando gritos y tirándote piedras? -¡Olas, devolvédmelo! ¡Séle clemente, no- ¡Pobrecito! ¡Su mayor alegría era echarte te, vete, monstruo; tu alma es más horroro-

Y quebrantada por esas violencias, la des--Es mi último, mi único hijo. Tenía otros graciada madre rompió á llorar, y su cólera

Bibia ya no refa.

Estaba inmóvil, y sus miradas erraban de nora de Henry, mientras que se rodenbamaquinalmente al brazo el mantón que la ma dre de Marcos dejó entre sus manos.

## XVII

Las horas transcurrieron en medio de esel muelle. Los faroles de las lanchas y bo- sin embargo, desesperada. tes iban y venían, cruzándose en todas ditras que los hombres, reunidos en grupos al- tenía; rededor de cada hoguera, discurrían acerca del suceso y lo discutian.

En Pouliguen no hay iglesia.

avanzada edad; su presencia impuso un po- pertas. Era difícil admitir que hubiera paco de orden y de calma en el tumulto y en sado sin ser vista por entre las innumerables la confusión que reinaban en el momento de lanchas pescadoras de Pouliguen que estasu llegada.

había dejado conducir á su casa; pero á la ascendiendo, les traería á todos juntos. vista de la cama de su hijo, á la vista de aquel lecho silencioso, frío y vacío, acome- se podía tener, no tardó en desvanecerse. tida de horror, corrió violentamente las cortinas, echó á correr y se volvió á la playa. Lo más conmovedor era la compasión de que le daba muestras toda la gente; cualquiera hubiese dicho que era la única víctima de la catástrofe.

temprano, el mar nos ha de arrebatar á nues- maldecían pocas horas antes. tros hijos. Para él los criamos, y el mejor | El padre de Legoff fué el último que voltencia en que no nos amenace. Nacemos, vi- astucias del Océano. vimos y morimos atormentados; pero vos, Dispuestos á hacerse nuevamente á la mar, vos, pobrecital No estábais preparada para todos los patrones de las lanchas esperaban la desgracia que os ha sucedido, y podíais que regresase para recibir sus órdenes. No creeros libre de estas cosas; no habíais pasa- había saltado en tierra, cuando ya la multido años enteros temblando, rezando por ella, tud se apiñaba para recibirlo. No tenian es-

niño no estaba destinado á las aguas y á las tormentas. El mar no representaba en vuestra vida más que suna diversión, el entretenimiento de una temporada. ¡Ay! ¡Por qué no os quedaríais en vuestra casa! ¿Qué veniais à buscar aqui? ¿Qué malos vientos os han traído á nuestra aldea?

Los hombres no se contentaban con comtos espantos. Todas las puertas estaban en- padecerla; sea convencimiento, sea pura tornadas, todos los hogares desiertos. La bondad del alma, querían demostrarle que muchedumbre se repartió por la costa y por la situación, por horrorosa que fuese, no era;

El tiempo no estaba malo ni amenazador. recciones. Las madres, rendidas de gritar, No había que dar al remo encontrado en la se lamentaban con voz entrecortada, mien- playa una importancia que seguramente no

> Después de todo, no podía significar sino que se les había caído al mar.

La lancha, entregada á sí misma, corría El cura de Batz acudió, á pesar de su menos peligros que dirigida por manos inexban en el mar. Los niños habrían sido reco-A ruegos suyos, la señora de Henry se gidos por sus padres; la marea, que estaba

Esta última esperanza, la única que aún

## XVIII

Las lanchas pescadoras volvieron una a -¡Ah, pobre, pobre señoral decían las mu- una, y casi seguidas. ¡Qué regresol ¡Pobres jeres rodeándola. Todas somos muy desgra- gentes! Cada llegada provocaba una nueva ciadas, pero vos sois la más desventurada escena de furor y de desolación. Los padres de todas. Que á nosotras nos sucedan esas se enfurecían y maldecían. El piadoso cura cosas, es natural; esa es nuestra condición. se esforzaba por consolarlos, y las mujeres, El mar es quien nos dá de comer, y él es lleno el rostro de lágrimas, intercedían en también nuestro enemigo. Más tarde ó más favor de los hijos delincuentes, á los cuales

día se los lleva. Desde muy jóvenes nos he- vió. Era el hombre más valiente de la aldea, mos acostumbrado á que el mar nos quite á digno hijo de Tomás I, un lobo de mar, un todos los que nos son queridos. No hay ni domador de las olas, acostumbrado desde un solo instante en nuestra misera exis- hacía mucho tiempo á las traiciones y á las

esperándola de un momento a ctro. Vuestro peranza más que en él; si alguna esperanza

ria.

¡Ven; sóló tú puedes devolvérnoslos!

estalló como una bomba.

-¡Ah, picarosl exclamó. ¿Os habéis creido vosotros que voy yo à salir al mar para una hora, o cosa así, después de la puesta pescar à esa caterva de granujas? ¿De don- del sol, he visto así como una hoguera en de queréis que los saque? Que se ahoguen aquella dirección. todos, me tiene sin cuidado. Mejor para nometerme en la cama.

-Vamos, marido, dijo la mujer llorando. En la mesa encontrarás la cena, á la cual fuese fuego, contestó Pornichet con cierta nadie ha tocado. Puesto que tanta hambre modestia. tienes, te puedes comer mi parte y la del pe-

vez haya muerto ya.

brotas y tus blasfemias atraigan la cólera no que fuese la míal del cielo sobre la cabeza de los infelices ninos?

- ¡Sálvalos! ¡sálvalos! gritaron todas las mujeres cogiéndose à su chaqueta,

- |Salvarlos! Eso se dice muy pronto . . . ¿Otra vez? ¿Adonde queréis que vaya à bus- ¡Buen día hemos tenido! carlos?

dallas de plata colgadas al recho, ganadas pre. con peligro de tu vida salvando á gentes que

-¡Señor Legoff, tened piedad de nosotros! rtened piedad de mil dijo la señora de Hen- no:

ry cogiéndole las manos.

de salvación tenían aún, sólo él la descubri- vez fuera de la bahía, los cogería la corriente y serían arrastrados por ella hacia las -IVen, Legoff, ven! Han sucedido aqui rompientes de la Roca de las Gaviotas. ¡Ese grandes cosas durante nuestra ausencia. Ya es el principiol ¡Ha estado pescando alguno no tenemos hijos! ¡Todos han desaparecido! de vosotros por aquel lado? Jambonneau, Mascaret, Pornichet, Macabiou, todos estáis Apenas estuvo al corriente de lo acaccido, aqui presentes: ¡habéis visto vosotros alguna cosa?

-¡Carambal respondió el tío Pornichet;

-iY no has puesto la proa hacia la Roca? sotros. Vamos, mujer, à casa. Estoy hecho | Creiste que se trataba de algunos recién una sopa y tengo hambre. Voy à cenar y à casados que estuvieran haciendo allí su comida de boda?

-Vi así como fuego, y crei que tal vez

-IY con eso es suficiente, buen hombrel queño. Yo no tengo gana, y el pequeño tal ¿Te has contentado con eso, sin meterte a averiguar más? Pues bien, animalucho: eran -Eso es lo mejor que puede sucederle, ellos, que estaban quemando la lancha. ¿Lo replicó rudamente el pescador; porque si lo comprendéis vosotros? La lancha se ha nocojo vivo.... Ah, granujas! Qué el mar se cho pedazos, estrellandose contra los arrecilos trague á todos! ¡Que los parta un rayo! fes. Ya no podía servirles, y la han quema--Legoff, dijo el cura de Batz: yo te bau- do para pedir auxilio. Eso es lo que ha sutice, yo te di la primera comunión y yo te cedido. Vamos á ver: gen que lancha se han casé. Oyeme, pues, que títulos tengo para marchado? preguntó dirigiendo á su mujer ello, desgraciado. ¿No temes que tus pala- una mirada inquisitorial: mo faltaba más si-

La mujer de Legoss bajó timidamente la

-¡Eso es! ¡Ah, canallas! ¡Una lancha completamente nueval ¡Quinientos francos quemados como si fuesen una caja de fósforos!

-Caramba, patrón, dijo uno de los de su -Buscalos, marido mío, y los encontra- tripulación: con un muchacho como vuestro rás. ¡Tú que llevas los domingos ocho me- hijo debe uno esperar cualquier cosa siem-

-A ver, vuelve å decir eso, dijo Legoff ni siquiera conocías, habías de dejar morir con voz insidiosa, apoyándola con un adeá nuestro hijo y á todos los chicos de la al- mán que no podía dejar lugar á dudas acerca de las intenciones del pescador.

Luego, cambiando bruscamente aquel to-

-¡Sí, le voy a matar al muy bribón! ¡Yo -¡Vamos! ¡vamos! exclamó Legoff, des- le aseguro que, como escape con pellejo, se pués de enjugarse los ojos con la manga de va á llevar la paliza más tremenda que jasu chaqueta; no hablemos todos á la vez. ¿A más hayan dado estas dos manos que Dios qué hora del día salieron del puerto esos me dió! Pero tú, tunante, ten entendido que granujas? ¡Por la tarde..., bueno! La ma- un muchacho como el mio es capaz de cosea bajaba. La resaca se los ha llevado. Una merse cientos y miles de hombres como el

hijo de tu padre. ¡Está bueno que tú, gana- puso à hacerse à la mar. Legoff subia à borpan, tumbón, hables así del chico más avi sado, del mas valiente que hay en la comarca! Ya ves cómo al quemar la lancha tenía su idea, y que esa idea era magnífica, por entregando al marinero sales, cordiales y que à estas horas estarían à salvo si ese ani- una manta que fué à buscar apresuradamenmal de Pornichet no hubiese faltado esta te a su casa: os lo recomiendo mucho, ¡Cuinoche à sus deberes de buen marino. ¡Vete dadle grandemente à él, mi querido senor à la cama, animalucho, y deprisita!

sido de ellos?

La marea ha vuelto á subir y se los ha lle | á bordo.... vado. ¡Ese es el finall.. A menos que, aun cuando es casi imposible, el pillete de mi ra; pero tened confianza en mi y en los que hijo, que es capaz de cualquier cosa, haya me acompañan. Cuidaremos de vuestro hijo encontrado el medio de escalar la Roca de como de los nuestros: en vez de un padre las Caviotas, y llevado consigo á los demás, tendrá doce, y con la ayuda de Dios os de-

- Pues de seguro la ha escalado, marido, volveré à ese querubín. de seguro la ha escalado! exclamó su mujer

con la intrepidez de la fel-

à un pico enorme.

-Pues ha subido, de seguro ha subido! Se ha reido de mí. Respondo de él; es hijo tuyo.

-Si ese maldito, ayudandose con los pies y las manos, ha podido subir hasta la última

meseta.

iluminada por el amor maternal.

flora de Henry con acento desesperado.

vamos, bijos mios, ya vamosl

ellos y por nosotros.

do, cuando sintió que lo detenían cogiéndole por la chaqueta.

-Señor Legoff, dijo la señora de Henry Legoff! Es el más pequeño y no está acos--Bueno, Legoff; y después, ¿qué habra tumbrado. Estará peor que los demás. Es muy delicado, y además es el único a quien -Demonio, eso no es difícil de suponer. no recibirá su padre. Si quisiérais llevarme

-¡L'evaros, señoral No lo penséis siquie-

Legoff, una vez dentro del barco, mando hacer la maniobra. El viento, que empezó à -Si ha podido huir de la marea subiendo soplar en tierra, hinchó la vela. El barco se deslizó por el agua y se alejó.

XIX

Aun cuando tenían que transcurrir largas -De seguro está en ella; me parece verlo, horas antes del regreso, toda la gente pasó marido; exclamó aquella excelente mujer, el resto de la noche en la playa. Las conjeturas no se perdian ya en la inmensidad: la -Pero .... y los demás? pregunto la se esperanza, el temor habíanse concentrado en la Roca de las Gaviotas. Los que la vie--Estad tranquila, amiga mía. No lo co ron de cerca describían minuciosamente su nocéis. Si está en la meseta, con él están los configuración, desde la base hasta la cumdemás. Los veo á todos... Extienden hasta bre, y como sucede siempre en semejante nosotros sus bracitos... Piden auxilio. Ya caso, cada descripción era tan exacta, que todas diferian entre si y se contradecian.

- Vamos! grito Legoff en medio de las Según unos, la ascensión del pico no era aclamaciones de la muchedumbre. Maca- tan dificil, y los chicos pudieron sin grandes biou, Jambonneau, Mascaret, los padres de esfuerzos llegar hasta la cúspide; según otros todos seréis los que me acompañaréis; os la cosa era completamente impracticable, ó llevo conmigo. Hay mucha faena, y yendo por lo menos, peligrosísima, particularmenreunidos tendremos mucho que hacer para le de noche y para niños do aquella edad. llegar al fin. Si están aún en la meseta, si la Unos pretendían que la marea no pasó jamarea se ha detenido allí, si no los ha arras- más de la última meseta, y que allí dormitrado, nos los encontraremos en un estado rían tan tranquilos como si estavieran en sus lastimoso. A ver, mujeres, vengan provisio- camas; otros aseguraban que no se fiasen, nest jagual jaguardientel prinol jmantast ¡De porque en la época de los equinoccios no prisa, no dormiros! No hay momento que era extraño que el mar pasara del nivel de perder. Vos, señor cura, rogad a Dios por la plataforma. Y según lo que cada cual decía, los corazones abrianse o se cerraban á El barco, cargado de provisiones, se dia la esperanza. La mujer de Legolfera la únidola: "No subas más."

grupo, prestando cido con avidez á todas nida. versiones, sintiéndose morir à cada instante. decida roca.

animado, chorreando sangre y herido.

de traspasar con ella el espacio. Cuando se que temblaban de verla llegar al puerto. levanto, habia ya amanecido. Al marchar manita, que le solía pasar por la cara des clamor inmenso ascendió hasta el cielo. pués de darle limosna. ¡Pobre Bibia, pobrecito Bibia! dijo dando á su voz las inflexiones de la voz infantil. Y siguió su camino coro de voces argentinas. llorando,

te de los vecinos del pueblo, fué à Batz à de- en tierra, confundidos unos con otros, y emcir una misa en el altar de Nuestra Señora pujándose. del Buen Socorro; después volvió à su sitio en la playa: sostenía el valor de las madres desgarradas, las caras heridas, las manos endespués de haber rezado por la conservación sangrentadas. de los hijos.

rrieron en una febril ansiedad. Una niebla tra su pecho, lo regaba de lágrimas, de pesespesa, que se levantó de la parte de tierra, cozones y de besos. ocultó el alba, obscureció el cielo y se extendió por el mar. La naturaleza, tan pro- Henry, que buscaba á su hijo con la vista y fundamente indiferente à nuestros males y que ya no era dueña de si misma. á nuestras miserias, parecía asociarse á los Nadia respondió. dolores de aquella pobre aldea. Todos los No faltaba bajar nadie más que Marcos, y objetos y todos los accidentes del paisaje en- Marcos no lo hacía.

ca que tenía fe ciega; hubiera oído sin asom- volvianse en una atmósfera cargada, uniforbrarse que su hijo detuvo la marea dicién- me, iluminada por un resplandor opaco. Un silencio absoluto reinaba en la playa, aun La señora de Henry corría de grupo en cuando la población en masa estaba allí reu-

El barco no podía tardar: de un momento La única esperanza en que podía refugiarse a otro saldría de entre la bruma. Se acercaera por sí misma un nuevo suplicio: era la ba el instante supremo: esperábase la senrama llena de espinas que desgarra las ma tencia de Dios. De pronto, por la parte Sur, nos cuando se la quiere coger. Veía à su po- una ráfaga de viento separó la mar del ciebre Marcos trepando á obscuras por la mal- lo, lució el sol, las olas brillaron, y se vió alla a lo lejos una vela.

Aun suponiendo que hubiese tenido fuer- La muchedumbre permaneció silenciosa. zas para izarse hasta la última meseta; aun Nadie se movia. Podían oirse los latidos de admitiendo que la marea no hubiese invadi- los corazones. La vela, que no era al prindo aquel último refugio, le veia transido de cipio más que un punto blanco en el espafrío, extenuado de fatiga y de hambre, in- cio, se agrandó cada vez más. La embarcación bogaba despacio hacia la playa: jera el Cuando vino el alba la infeliz madre fué barco de Legoffi ¿Qué traería? ¿La alegría à sentarse en una de las rocas de la costa: ó el duelo? ¿La vida ó la muerte? Aquella alli permaneció largo rato, desesperada, con vela, tanto tiempo esperada, tan ardientela vista fija en el horizonte, como si tratase mente deseada, ahora querían detenerla por-

Hubo un momento de angustia indecible. hacia el arsenal encontró à Bibia, que había Todas las almas pendían de aquel pedazo de comenzado ya á vagar por alli. Al ver á la trapo impulsado por el viento. ¡Ni una fraseñora de Henry, el idiota pasó con la cabe- se, ni un grito, ni un movimiento, ni un gesza baja, como perro que recuerda que le han to! Pero cuando al fin el barco estuvo baspegado. Confusa ella también alrecuerdo de tante cerca de tierra para que se pudiera sus apasionamientos, la infeliz se detuvo y distinguir su casco y su aparejo, cuando se lo acompañó con una mirada de compasión. vió a proa un montón confuso de hombre-Pensó en lo que Marcos quería à aquel des- cillos que agitaban sus gorras y sus pañuegraciado, en las caricias que le hacía, en su los, todos los pechos estallaron á la vez y un

-¿Sois vosotros?

-¡Nosotros somos, nosotros! respondió un

Algunos instantes después el barco varó Al amanecer, el cura, seguido de una par- en la playa y todos los muchachos saltaron

Pero jen qué estado, justo cielol las ropas

Cada madre reconocía á su hijo, lo cogía Las primeras horas de la mañana transcu- al saltar de la lancha, y estrechándolo con-

- Marcos, Marcosl exclamó la señora de

¿Donde esta? ¿Qué habéis hecho de Marcos? esto sucedería! ¿Qué habéis hecho de mi hijo?

Todos volvieron la cabeza y callaron.

con una mirada la cubierta de proa a popa, Henry, a quien condujeron exanime a su v encarándose con Legoff:

-¡Y mi hijo? gritó. ¿Dónde está mi hijo? ¡Me habéis prometido devolvérmelo! .

Dos lágrimas silenciosas corrieron por las mejillas del pescador.

Ella dió un grito, y cayó inanimada enci-

ma de un montón de velas.

gracia de la señora de Henry llenó nueva- nora de Henry pudo preguntarse por un momente de constarnación toda la aldea. Todas mento si eran un sueño las escenas tan trislas madres sentían malestar; ninguna se atre- tes que acababan de ocurrir. vía á abrazar á su hijo. La multitud, antes de dispersarse, permaneció algún tiempo en y la paz acostumbrados. Las cosas que le la playa. La pérdida del pequeño Marcos eran familiares permanecían en su sitio; su era el asunto de todas las conversaciones. | costura, los libros de su agrado, la lámpara

contó lo que había ocurrido hasta el instante juguetes de Marcos, el libro de cuentos abier en que el último esfuerzo de la marea los to por la página que no concluyó de leer. echó á rodar por la meseta. Vió á Marcos Un alegre sol de otoño entraba en aquel rearrastrado por una ola, y se abalanzó hacia tiro donde nada había cambiado. Ella perél para sujetarlo. Desde aquel momento no maneció algún tiempo inmóvil, paseando por

se acordaba de nada más.

encontró al rayar el día tendidos en la roca, ban corridas, se levantó de un salto, y anoinmóviles y fríos, y sin dar señales de vida. nadada por el recuerdo de la realidad, per-A primera vista los creyó muertos: contán- dió nuevamente el conocimiento y cayó endolos uno á uno, creía contar los cadáveres. tre los brazos de su doncella y de la dueña Estaban todos menos Marcos. Los envolvie- de la casa, que no se separó de ella. Cuanron en las mantas, y á fuerza de friegas y do recobró el sentido, el cura se encontró de cordiales lograron reanimarlos. Una ho- solo á su lado. Le tenía cogidas las manos y ra después estaban de pie y comían como rezaba; rezaba en silencio á la Madre de los ogros, llorando por su compañero. Mientras Dolores, al Dios de los afligidos. rincones; pero todos sus esfuerzos fueron suerte.

en la plataforma.

- Pobre señoral añadió el pescador emocionado; Dios me es testigo de que hubiese dado de buena gana dos dedos de la mano rarme minuciosamente de todo, puedo oírlo por poderle traer à su hijo.

- Ahl decia el pequeño Mascaret, isi los!

-1Mi hijo, mi hijo! ¡Se fué con vosotros! demás me hubieran querido creer, nada de

Todas las familias volvieron à sus casas, y el bueno del cura, cuya tarea no había ter-De un salto se precipitó á bordo, registró minado, se instaló cerca de la señora de cuarto.

## XX

Al encontrarse nuevamente en su casa Se concluyó la alegría del regreso. La des- después de un largo desvanecimiento, la se-

Todo en derredor suyo respiraba el orden Acosado á preguntas, el hijo de Legoff que estuvo ardiendo durante la noche, los todas partes una mirada inquieta y alocada: El padre completó el relato de su hijo. Los Al ver la cama, cuyas colgaduras continua-

acababan de reponerse, Legoff, auxiliado La señora de Henry estaba tranquila, con por los individuos de la tripulación, exploró los ojos secos, la voz ardiente, sin compala Roca de las Gaviotas hasta en sus últimos sión para si misma, sin rebelarse contra su

Parecía que el rayo, al caer sobre ella, Según decían los niños, Marcos, que era había secado sus ojos y deshecho su coramás débil que ellos, no pudo sobrevivir á la zón. Al principio quiso averiguar en sus menoche que ellos pasaron: si las olas no se lo nores detalles lo ocurrido, de qué manera hubieran llevado, de todas maneras inde- su hijo trepó por la roca, como llegó hasta fectiblemente lo hubiesen recogido cadaver la última meseta, cómo se lo llevó el agua, y or fin, como encontraron y salvaron á los

> -Decid, decid, señor cura. Quiero entetodo.

El cura, con voz vacilante, relató lo que